BÁRBARA CIFUENTES

HÉROES DEL DESTINO

Áurea Ediciones

© Héroes del destino - La misión
Sello: Soyuz
Primera edición:
© Bárbara Cifuentes
Director editorial: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Marcos “Peyeyo” Morales
Corrección de textos: Gonzalo León
Diagramación: Marcela Bruna
Diseño de portada: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN:
Registro de Propiedad Intelectual:



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

PRÓLOGO



10 AÑOS ANTES

Las familias se agrupaban ocupando cada rincón de la entrada principal de la ciudad de Procyon. Las lágrimas abundaban, al igual que los abrazos y las dolorosas despedidas. Todos sabían que la mayoría no regresaría en un buen tiempo.

Esta brigada de exploradores no era como las normales, no todos en ella eran inmunes al virus. La idea era que los que salieran de Procyon se quedaran fuera el tiempo que hiciera falta para fundar una nueva ciudad, y que esta tuviera sus inicios en un grupo de gente tanto inmune como no, dispuesta a encontrar a gente que aún no estuviera enferma y no tuviera a dónde ir. Sin duda la brigada tenía un montón de metas e iba preparada para proteger a aquellos que no fueran resistentes al virus. Incluso, una vez fundada la nueva ciudad, los individuos podrían volver a casa. Solo la mitad de la gente ahí reunida sabía la gran amenaza que eran los Rebeldes en ese entonces. Los que estaban al tanto salieron igual, y los que no tenían ni idea sufrieron pérdidas enormes.

En un rincón, una pequeña de diez años abrazaba desesperadamente a su madre. No entendía por qué su mamá

se tenía que ir, pero se rehusaba a soltarla. Sabía que *algo* iba mal y tenía el presentimiento de que se avecinaba el peligro, razón por la cual todos estaban tristes y nerviosos.

—Prométeme que te portarás bien. Hazle caso a tu padre y trabaja duro. — La mujer tampoco quería dejar ir a su hija—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, nunca lo olvides.

—Nunca. Te amo, mamá —dijo ella con la voz rota. Se separó unos breves centímetros del cuello de su progenitora para mirarle a los ojos—. Nos volveremos a ver pronto, ¿verdad? Porque no te vas por tanto tiempo, ¿no?

—Claro que sí, se pasará más rápido de lo que crees. — La mujer mentía. La niña no lo sabía, pero el padre sí y, a pesar de que lo que menos quería era dejar salir a su mujer al exterior, no podía hacer nada al respecto. La mirada de la señora viajó a la de su marido, quien miraba ambas con tristeza. Entonces él se agachó y las rodeó con los brazos—. Cuídala por mí, Marc. Cuídense el uno al otro.

—Hasta que el chemvirus nos separe, ¿no? —contestó el hombre. Con un beso sellaron la promesa, para después seguir abrazándose con su hija entre ambos hasta que llegara la hora.

En otro extremo de la estancia, otra familia también estaba siendo dividida, pero esta vez eran dos de cinco miembros los que se iban.

—¿Por qué no puedo saberlo? —cuestionaba el hijo, el primogénito, viendo cómo su madre sujetaba a su hermano de dos años y su padre a su vez abrazaba al de ocho.

—Todavía no lo entenderías, cuando seas mayor lo harás —respondió su padre liberando un brazo para abrazarle a él también—. Ahora de lo que te tienes que preocupar es de cuidar a tus hermanos.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó mirando a su madre, quien ahora le entregaba al pequeño a su marido y abrazaba al del medio.

—No lo sé, cariño. Sé que no es justo, pero es nuestro trabajo. —Con esas palabras se inclinó para abrazar a sus dos hijos mayores. Los otros dos se unieron y fundieron en una masa de brazos y lágrimas—. Los amamos tanto a los tres. Háganle caso a Ally y manténganse unidos.

—Desearía que no tuvieran que salir ustedes. De héroe puede hacer otro —confesó el mayor en un susurro.

—La verdad es que nosotros solo estamos ayudando a los verdaderos héroes —aseguró su padre.

—¿Y esos quiénes son? —interrumpió el segundo en nacer.

—En un futuro lo sabremos. Ahora cada uno tiene que hacer su trabajo para que ellos puedan hacer el suyo —apuntó la madre.

—¿Qué pasaría si nunca los encontramos y no llegan a hacer su trabajo? —volvió a preguntar el primogénito con inseguridad.

—Entonces sé tu propio héroe —dijo su padre.

Las despedidas continuaron, padres, hermanos, amigos, parejas o simples conocidos, todos preparándose para el adiós. Cuando uno de los camiones se hizo paso entre la gente, la brigada comenzó a montarse dentro de los vehículos por la escalerilla que desplegaba. Lo bueno es que, a pesar de que eran cerca de veinte personas las que se iban, el interior del vehículo contaba con todas las posibles comodidades para diez. Por lo que pronto llegó el segundo.

La pequeña de diez años se quedó mirando fijamente, mientras los camiones se internaban en la zona purificadora. Con una mano sujetaba la de su padre y con la

otra le decía adiós a su madre.

El niño primogénito, de tan solo trece años, tenía sujetado a su hermano más pequeño con los dos brazos mientras el del medio lo abrazaba. No quitó la mirada de los ojos de su padre, cafés como los de él, hasta que se internó en el coche. Solo volteó su cabeza cuando sintió la mano de Ally, la amiga íntima de sus padres, posarse en su hombro. Se dedicaron una mirada apagada y continuaron viendo los vehículos desaparecer.

La nueva ciudad se iba a llamar Spica, pero solo fue una visión fallida. Porque a pesar de todas las metas que tenían, pasó lo que muchos temían, los Rebeldes atacaron la brigada, rompieron familias y generaron pena y desconfianza en el interior de Procyon.

En esa brigada pudieron haber estado los héroes del futuro, los que salvarían a la humanidad, pero de ellos solo quedan recuerdos. Y legados. Pero no fue la primera vez que los Rebeldes atacaron, tampoco la última, diez años después tampoco serían el mayor de los problemas.